

EDITORIAL

Manizales, 2007-05-15 (Rev. 2007-05-30)

En la mayoría de los casos, una editorial es una presentación, un abre bocas que dice de manera somera y precisa o describe de forma coloquial o engalanada lo que viene delante. Así, aparece envuelta en pan de maíz y chispitas de ajonjolí, dispuesta a ser entrada de una gran cena, como generador de un sabrosísimo apetito y, a su vez, una que otra pregunta por el porvenir gastronómico. Vista así, una editorial ostenta, advierte, augura. Ella puede ser también un texto concluyente, venido de un ejercicio posterior a la lectura de los artículos que le continúan. Aunque puesto en primera página, sería un cierre y, a su vez, la palabra que nace so pena de las demás, por las demás, a partir de las demás, como si de otra manera no hubiese podido instalarse. No obstante, una editorial puede estar centrada en la fabulación, en el invento, en la extrema condición de la escritura. Puede, incluso, disgustarse con la verdad, con la precisión investigativa, con la diplomacia del conocimiento y entonces convertirse desde el inicio en ficción, en fantasía. En los tres casos una editorial tendría una constante: el ejercicio de inquietar a los posibles lectores. Seguramente refutarán los escritores, pero creo que esa es una de las condiciones de la escritura y la palabra, es tal el mensaje implícito, es aquel el crepúsculo entre líneas. Pero ¿cómo inquietar a los posibles lectores?, ¿quiénes serían?, ¿sería probable caracterizarlos en un único personaje, preso de ciertos gustos literarios, llegando por los mismos motivos a esta página, de un mismo grupo etéreo y un mismo género?, ¿sería probable particularizarlos y entonces asumirle a cada uno su hora del día, sus intereses, sus gestos ante esta lectura, sus miedos, su último duelo, sus rutas intelectuales, la manera en la que definen cada palabra? Enloquecerían los escritores en el segundo caso. Morirían de tedio en el primero. Antes de llegar a sus textos, señoras y señores lectores, permítanme escribirles lo que hoy me inquietó. Fue algo simple. Primero, un ensayista en más de cuatro páginas se preguntaba por la libertad. Luego, en una de esas conversaciones que se tienen a mitad de la tarde, un amigo se preguntaba por el sabor de las palabras, concluyendo con una instrucción: guardar silencio hasta que ellas vuelvan a tener sabor. Después, y ya arribando la noche, un pensamiento: ¿qué hacer con una editorial? Inquietante conjunción. La libertad, de escritura en este caso, no indica la necesaria situación de que las palabras tengan sabor, sino que sean proclives al tacto. Sin llegar a manosearlas, espero que esta editorial le diga al hipotético lector que el ejercicio de la escritura nos hace libres aún cuando nada sea lo que se escriba. El lector en cambio es libre de una manera dudosa, frágil, sólo puede liberarse librándose de la lectura. Que no sea este el caso de batallar por la libertad.

Close Window